

despues de haber tirado su cigarro: ¿qué te parece Hiscio?

—Mejor fuera cazar, contestó éste mirando al soslayo á D.^a Mencia, y sobre todo para el ojeo del ciervo.

—Ganas tengo de proyectar una salida, respondió el alcaide; y antes de que te marches, hemos de hacer con el correspondiente tren de caza, una batida en los montes comarcanos.

—Siento que no me sea posible, Mendo.

—¿Cómo es eso?

—Asuntos de importancia me llaman á Madrid, y mañana parto; pero antes quiero, siguiendo la idea que has propuesto, dar un paseo por esas alamedas, pues la tarde no puede ser mas deliciosa.

Esto diciendo, levantose D. Hiscio y se aproximó al balcon.

—Por última vez, señora, ya habeis oido, mañana parto.... respondió.... dijo entonces bajo á Doña Mencia, pero mirando á otra parte.

—Nunca, caballero, nunca, respondió con noble entereza.

—¡Miradlo bien!

Una mirada de desprecio fué la contestacion de D.^a Mencia.

—Basta, señora, bien, continuó D. Hiscio con amenazadora voz: y luego volviéndose hácia D. Mendo que se aproximaba á este tiempo al balcon, dijo señalándole á su esposa:

—No quiere acompañarnos por mas que se lo he rogado: pensaba disfrutar esta tarde, que es la últi-

ma que me hallo en Granada, de vuestra grata compañía, pero ¡habré de tener paciencia!

—¡Bah! no le hagas caso, amigo: tiene la falta de ser caprichosa como todas las de su sexo, contestó el de Alcaraz que, siendo un poco celoso, se alegraba en su interior de que no les acompañase su esposa.

Saludó cortesmente D. Hiscio á D.^a Mencia, y salió de la casa acompañado de su amigo. Pocos pasos habian dado, cuando encontraron á un chicuelo de algunos ocho ó nueve años, sucio y andrajoso, que se les acercó á pedirles una limosna.

Paróse D. Hiscio y alargó una moneda al muchacho, haciéndole una inteligente señal que no percibió D. Mendo. Deshízose el mendigo en gracias, y los amigos continuaron su paseo.

Vivo como el rayo marchó el muchacho hácia la casa del alcaide, dijo algunas palabras al oido de una mujer que estaba parada á su frente, y llamó despues á la puerta. La mujer habia desaparecido de aquel sitio.

—¿Qué quieres, avestruz? exclamó abriendo un sirviente, al ver el asqueroso aspecto del que llamaba.

—Buen caballero, contestó llorando, quisiera ver á la señora.

—¿Y qué tienes tú que ver con la señora? ¿he?

—¡Señor! hacedlo por el amor de Dios, que ya os recompensará este beneficio.

—Si es una limosna la que quieres, toma y vete, dijo el criado poniéndole en la mano algunos maravedises.

—¡Dios os lo pague! contestó guardándose el dine-

ro, pero es preciso que yo vea á la señora, hacedlo señor caballero, mirad que es una obra de caridad que no os pesará en el otro mundo.

Tanto instó, que fué al fin el criado á pedir permiso á D.^a Mencia, y obtenido á poco trabajo de su benéfico caracter, introdujerou en el salon al mendigo, quien al verla corrió hácia ella, y arrojándose á sus piés, dijo con una voz plañidera y ahogada por el llanto:

—¡Señora, favorecedme por Dios! ¡Tengo un padre anciano casi moribundo por la necesidad, y cinco hermanos pequeños estenuados por el hambre! Tres dias hace que no hemos sido socorridos, y tres dias que no ha entrado en mi cueva miserable ni un pedazo de pan! ¡Amparadnos, señora, por la Virgen! ¡Tened compasion de nosotros; no creais que os engañó; venid conmigo y os convencereis del horrible estado de nuestra situacion! Y al decir esto el muchacho con un acento que traspasaba el alma de la mujer del alcaide, regaba el pavimento con sus lágrimas.

Sensible en extremo D. Mencia, despertóse en su alma un sentimiento de caridad. Presentábase un caso en que hacer bien á aquellos desgraciados, y una voz interior, sin duda la de su ángel malo, le aconsejaba no desperdiciarlo. Quería hacer las veces de la Providencia con aquellos infelices, entrando por sus puertas los auxilios de que por tanto tiempo habia estaban privados.

No reflexionó mas; llamó á su doncella y pidió su manto.

—¿Dónde vives, hijo mio?

—Cerca de los *Siete Suelos*.
—Pues vamos; conduceme á tu casa, dijo poniéndose el manto que le habian traido, y ambos salieron.

Aquella misma tarde, poco despues de que Don Hiscio diera la lismona al muchacho, y cuando ya el sol comenzaba á declinar, una mujer, la misma con quien hablara el mendigo niño, salia al encuentro de los dos amigos, dando una carta á D. Mendo, desapareció por entre las alamedas de la Alhambra.

Abrió D. Mendo el pliego, y leyó á la luz del crepúsculo lo siguiente:

«Cáusame compasion, D. Mendo, vuestro estado, y pesa á mi conciencia teneros por tanto tiempo encubierta vuestra desgracia. La mujer con quien la mala estrella que os persigue os ha unido, deshonra vuestra heroica nobleza muchos años ha. Antes de que os conociera tenia un amante, y aun sigue sus amores á pesar de los deberes que mas tarde contrajo con vos. Ninguno de los hijos á quienes alimentais son vuestros; fruto es de su adúltera pasion, y son otras tantas trompetas que publican á la faz del mundo la infamia que os cubre. ¡Pobre D. Mendo! os tengo lástima, y eso me mueve á descubriros vuestra situacion, para que no seais por mas tiempo el ridiculo de toda Granada. Si creis esto una calumnia hija de algun ratero enemigo de D.^o Mencia, id á las oraciones de hoy, ó de cualquier dia, pues esta es la hora que no estais en vuestra casa; id os digo, á los *Siete Suelos*, y juzgareis entonces del crédito de este papel.»

Ya que no nos es desconocido el genio iracundo de

D. Mendo, fácil es figurarse la impresión que le causaría el anónimo terrible. Una revolución espantosa se operó en toda su máquina. Subiósele la sangre á la cabeza y se ofuscó su vista. La cólera lo poseía, y estrujaba entre sus manos el fatal escrito. Pero contuvo la explosión. Lo veía su amigo, y para no participarle su deshonra era preciso fingir, mas también era preciso cerciorarse aquella misma noche de la verdad de la acusación.

—¿Qué es eso? preguntó D. Hiscio: ¿qué te dicen en ese pliego, que tanto efecto te ha producido? ¿Estás temblando como un azogado!

—¿De veras? contestó D. Mendo con una sonrisa violenta, mucho mas pavorosa que el acceso de rabia: ¡bah! será aprension tuya; no es nada, nada absolutamente.... Me llaman para cierto negocio á donde tengo que marchar en seguida.... por lo que te ruego vuelvas á casa.... ¿estás?... allí esperarás mi vuelta..... muy poco tardaré, muy poco.

Y sin esperar respuesta de D. Hiscio se alejó rápidamente.

Una sonrisa diabólica apareció en los labios de D. Hiscio, quien siguió á lo lejos á su amigo.

III.

El sol habia desaparecido completamente del horizonte, arrastrando en pos de sí los arreboles que

separciera al hundirse en lontananza. Iban ya borrándose los objetos, y acercándose las tinieblas de la noche, más indicadas en la Alhambra por las espesas copas de los álamos que impedían la tenue claridad del crepúsculo. Había sonado el toque de oraciones en Santa María, y las puertas de la fortaleza se habían cerrado tras del último valetudinario que subiera á recrearse en aquella postrera mansión de moros. Solitaria y silenciosa se hallaba la Alhambra, cuyas alamedas sombrías en semejante hora tenían un aspecto lúgubre y melancólico. Los pájaros no cantaban y la brisa no movía las flores. Un hombre tan solo precipitadamente avanzaba en dirección de la *Torre de los Siete Suelos*. Al cabo de algunos minutos, presentose á sus ojos el negro torreón, que se dibuja apenas cual fantástica sombra en la azulada bóveda del cielo, sembrada de tibias estrellas. Aprecursoró su marcha el caminante, subió á un montecillo que distaba pocas varas de aquella terrible mole, y quedó parado ante el espectáculo que dominara desde allí.

Un hombre y una mujer estrechamente abrazados estaban al pié de la torre; sus cabezas juntas, juntos sus pechos, sus manos entrelazadas.... Un vértigo espantoso se apoderó de D. Mendo. Zumbábante los oídos, y sus pupilas se inyectaron de sangre. Había reconocido á su mujer. La sorprendía con su amante..... su deshonra era cierta. Precipitóse hácia el grupo.... no veía....

Al ruido de sus pisadas desprendiose el hombre de su compañera y desapareció con una rápida huida. La mujer cayó desplomada. Llegose á ella D. Mendo,

sacó un puñal y hundió cien veces su acerada hoja en el pecho de la desgraciada: la sangre brotaba á borbotones. Su vista aumentaba su delirio... y heria... heria sin cesar. Hartose de sangre. El cuerpo de D.° Mencia estaba acribillado á puñaladas. Buscó luego D. Mendo por todo el terraplen á su cómplice; pero nada veia... á nadie encontró. Entonces volvió al sitio del asesinato, y levantando el ensangrentado cuerpo de su esposa, penetró en lo interior de la torre, habitada solamente por bubos y murciélagos, acercose á la horrenda entrada de los *Siete Suelos*, y lo arrojó con violencia en sus profundas regiones.

Marchó despues á su casa, llamó á sus hijos, y encerrándose en su aposento, tornó á leer el anónimo.

—¡No son mis hijos!... es verdad. ¡No son mis hijos! exclamaba acometido de un nuevo delirio... ¡Son las trompetas que publican mi deshonra...! Pronto callarán... No mas infamias.... Desaparezcan esas manchas que envilecen mi existencia... pero aun no es hora; esperemos. Y empezó á dar grandes carreras por la estancia.

Los niños, apiñados unos contra otros y llenos de miedo, miraban á su padre con espantosos ojos. El mayor de ellos llevaba en sus brazos al que estaba aun en mantillas. Asi lo habia ordenado D. Mendo.

Pasaba el tiempo. Eran las doce de la noche. Entonces mandó con imperio á los niños que lo siguiesen. Salieron por una puerta secreta, y al cabo de pocos minutos llegaron á la fatal y tenebrosa torre. Un sentimiento de compasion despertóse en el alma

de D. Mendo. Erizáronse los cabellos y miró á sus hijos. Un grito de pavor exhalaban éstos al ver el gesto de su padre; y temblando de miedo, se agrupaban exclamando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

Aquellas voces, que retumbaban en las bóvedas de la caverna, presentaron en la demente imaginación de D. Mendo la escena que habia presenciado en aquel lugar pocos momentos antes.

—¡No son mis hijos! expresó con balbuciente voz por la cólera que le dominaba, y en un estado de locura casi completo, dió de puñaladas á los pobres niños, arrojándolos como á su madre en aquella formidable garganta. Uno de ellos pudo escaparse, y saliendo de la torre echó á correr llorando por el terraplen; pero oyó sus lamentos el feroz alcaide, y alcanzándolo prontamente le asió por los cabellos y arrastrólo á los *Siete Suelos*, donde sufrió la misma suerte que sus hermanos..

—¡Ya está cumplida la justicia! exclamó con bronca voz: ¡nadie queda de esa raza maldita! ¡Estoy vengado...!

Un ¡ay! tremebundo resonó en aquel momento, que repitieron los huecos de la torres de la Alhambra, y un hombre deslizóse por entre los matojos que cubrian el terraplen. Era D. Hiscio.

Corrió hácia aquella sombra D. Mendo, pero se le fué de entre sus manos; y rugiendo como una buena á quien arrebatan su hijo, dirigióse á su casa exclamando.

—¡Será el amante! ¡pero que el cielo me con-

funda si antes de tres dias no bebo toda la sangre de sus venas!

Y entró en su habitacion por la escalera secreta.

IV.

Trascurrieron algunos dias. D. Hiscio se habia marehado á Madrid; D. Mendo quedó solo en su casa. Pasado aquel arrebató que oscureció su discernimiento, entró la reflexion con sus aterradoras luces. Una voz le gritaba desde el interior de su pecho: «¡Asesino, asesino!» y ya sentia los atroces efectos de una conciencia cargada de crímenes. Verdad que procuraba hacer frente á esta acusasion, presentando á Doña Mencia en el lleno de su falta: ¿pero era acaso igual la culpa al castigo? Y los inocentes niños, ¿qué parte tenian en los deslices de una madre cruel é impura? Estos pensamientos maceraban la imaginacion del alcaide, sin dejarle un momento de reposo. El sueño huyó de sus párpados, y la intranquilidad reinaba en su espíritu. Además, el crimen podia descubrirse. Algunas hablillas circulaban entre el vulgo sobre la desaparicion de D.^a Mencia y sus hijos; podian formalizarse y llegar hasta los jueces, á quienes tendria que dar cuenta de su familia: ¿y qué hacer en tan apurada situacion? Lo primero ante todas cosas era

impedir la entrada en los *Siete Suelos*, que siendo visitados por algunos extranjeros, infaliblemente encontrarían los cadáveres, y... entonces, ¡desgraciado de él! Pensando en este asunto, tuvo una idea que puso en ejecución desde luego.

Como descendiente de una de las mas ilustres casas de Granada, la afición dominante en aquellos tiempos, que era la caza del jabalí, habiánsela transmitido sus antepasados, y tenía en su poder una brillante y numerosa jauría. A las once de la noche, cuando dormían todos sus criados, bajaba al establo donde estaban los lebreles, y salía por la puerta secreta á la Alhambra rodeado de todos ellos. Llegaba á los *Siete Suelos* y se escondía detras de un hueco. Si por casualidad algun miserable habitante de los que poblaban las cuevas que existen mas allá del *Campo de los Mártires*, acertaba á pasar por aquellos contornos, silbaba á sus perros el toque de acometida, y salían como centellas ladrando y persiguiendo al extraviado transeunte, que miedoso como todo el vulgo de aquella época, creía ver en los perros espíritus del mal en figura de canes, y corría despaavorido á encerrarse en su choza, donde pálido, jadeante y con el cabello erizado refería á su familia el espantoso peligro á que habia estado espuesto. Estos sucesos fueron corriendo de boca en boca; y al poco tiempo toda Granada creía sin la menor duda, que de los *Siete Suelos* salían caballos *descabezados* y enormes perros *lanudos*, que perseguían y acosaban al insensato que tuviera la osadía ó desgracia de pasar cerca de aquel medroso sitio á media noche; dando esto lugar á inverosímiles anécdotas de cerebros va-

cios, que aun se conservan entre algunas personas de los tiempos que alcanzamos. (1)

La conciencia de D. Mendo cada dia le fatigaba con mas ahinco. La gente no cesaba de hablar de la desaparicion de su familia, y ya iba este suceso hallando eco en los tribunales.

Era un dia de riguroso invierno. Estaba D. Mendo solo en su habitacion á vueltas con sus remordimientos, tomando con inapetencia una jicara de chocolate.

Un criado se le presentó y entregole una carta con sello negro. Rompe al instante el sobre y abre el pergamino. Era de D. Hiscio. Hallábase cercano al sepulcro, y queria depositar en D. Mendo el peso que oprimia su alma, pidiéndole perdon de un gran delito. Contábale que los amores de su esposa D.^a Mencia eran falsos: que habiéndole parecido hermosa y no pudiendo vencer su obstinacion en ser fiel á sus deberes, habia manejado toda la intriga de que fueron víctimas D.^a Mencia y sus hijos, valiéndose al intento de una familia de gitanos, quien por algun dinero

(1) Creian antes con la mejor buena fe, que todas las noches á las doce en punto salia de los Siete Suelos un caballo sin cabeza y un perro todo de lanas sin cuerpo material alguno, á los que llamaban *el Descabezado* y *el Lanudo*, los que paseaban corriendo toda la Alhambra bajando á veces hasta la ciudad. Estos eran los guardianes de los tesoros que escondieron los árabes al tiempo de su espulsion, con la esperanza de volver á reconquistar á Granada. La torre de los Siete Suelos fue demolida en parte cuando se hicieron las fortificaciones en 1836, estando reducida en el dia á una especie de plataforma. La bajada á estos suelos está completamente inaccesible, por los escombros é inmundicias de que se halla llena.

ofreció hacerlo de modo que no quedase la menor duda del adulterio de D.^a Mencia, tomando á su cargo el llevarla á la torre, y presentar las cosas bajo la impúdica apariencia que fascinara al alcaide: que conociendo se acercaba su última hora, y arrepentido verdaderamente de aquella falacia, pedia misericordia á María Santísima y á él su perdon.

Imposible es pintar el anonadamiento en que cayó el infeliz de D. Mendo al leer el fatal escrito del pérfido D. Hiscio. Permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos, y no salió de aquel estado sino para caer de rodillas elevando las manos al cielo y orar. Despues se levantó un poco mas tranquilo; habia tomado una resolucion irrevocable. Pidió su capilla y sombrero, y se fué á la Alhambra. A poco de haber salido de su casa, lo detuvo un alguacil acompañado de varios corchetes, quien le preguntó:

—¿Sois D. Mendo de Alcaráz, alcaide de esta fortaleza?

—El mismo soy, respondió el alcaide con voz firme.

—Tened entonces la bondad de seguirmos.

—¿A dónde?

—A la prision de estado.

—¿De qué se me acusa?

—De haber hecho desaparecer á vuestra familia.

No preguntó mas D. Mendo, y siguió tranquilo á los alguaciles á la cárcel de corte, donde fué puesto. En la primera comparecencia que tuvo ante los jueces, confesó su crimen con todos los detalles, declarándose culpable.

• Sacáronse los mutilados cadáveres, á los que se les

hicieron unas suntuosas exequias; se instruyó el competente proceso, y el alcaide fué condenado á la pena capital. Sus parientes solicitaron de los tribunales una próroga para representar al rey impetrando su perdón, y detuvieron un mes la ejecucion de la sentencia.

V.

Amaneció uno de los nebulosos y frios dias de enero. Las primeras personas que acertaron á pasar por la *Plaza Nueva*, vieron no sin asombro el espectáculo que se ofrecia á su vista, quedándose paradas por algun tiempo. En el costado del Poniente se levantaba un tablado de diez varas de largo y seis de ancho, forrado de un paño negro que bajaba hasta el suelo. Un tajo habia en el centro, tambien enlutado, y un hacha cerca de él. En el extremo opuesto al de las escaleras, que eran catorce, y sobre un pequeño altar, tambien cubierto de negro, estaba un mediano Crucifijo alumbrado por cuatro hachones de cera amarilla. Un piquete de guardias del Rey custodiaba el tablado, viéndose á los centinelas que místios y sombrics paseaban por los ángulos.

Pronto cundió por Granada la noticia de este extraño incidente, y á las diez del dia era imposible tran-

ditar por entre el inmenso gentio que ocupaba la plaza. Todos se preguntaban quién era el reo, y nadie sabía contestar. Los balcones y ventanas apfrecian tambien llenos y los muchachos, encaramados sobre los marcos salientes de las puertas y algunas rejas, ponian en movimiento á la multitud con el alarmante grito de «ya vienen, ya vienen.» Arremolinábase esta prontamente, empujábanse los hombres estirando cuanto mas podian la cabeza, y nada les era posible ver. Los muchachos entonces prorumpian en grandes carcajadas y silbidos, y la gente burlada tornaba á rehacerse y á aguardar refunfuñando, hasta que otra vez las voces de los pilluelos volvian á ponerla en movimiento.

Serian mas de las once cuando el sonido de unas destempladas trompetas pusieron en grande agitacion á todos los espectadores cansados de tanto esperar, y ocho guardias á caballo entrando de improviso en la plaza, abrieron calle hasta el tablado, no sin que esta brusca acometida dejase de producir sendos pisotones y puñadas en la estrujada multitud. Hecho ya este camino, un fúnebre cortejo entró por él con lento paso, procediendo de la calle del Elvira. Un piquete de soldados con su oficial á la cabeza, abria la comitiva. Seguian de dos en dos y á caballo los ministriles de la justicia vestidos de negro.

Detras iban á pié hasta doce sacerdotes con sus hábitos y sombreros de canal en la mano. A continuacion marchaba la parroquia con luces y manguilla, llevando cuatro monaguillos una enlutada caja, á la que seguian gran número de curas con sobrepellices cantando el salmo *De profundis clamavi*. Uná

carroza cubierta, tirada por cuatro caballos negros iba despues, cercada por dos hileras de guardias, y detras caminaba á pié el ejecutor de la ley acompañado de sus ayudantes, cerrando la marcha un escuadron de la misma tropa.

Al llegar los primeros al tablado hicieron alto, y formando calle la comitiva dividiéndose en dos alas, avanzó hasta alli la carroza y el ejecutor. Abriose la portezuela. Los soldados formaron un gran cerco, callaron las preces, y todas las miradas se dirigieron entonces hácia aquel lugar esperando conocer á la victima. Un hombre de rostro enjuto, pálido y macilento, vestido con una ropilla de terciopelo negro, salió del coche seguido de un cura. La mayor parte de la concurrencia no le conocia. Era D. Mendo de Alcaráz, alcaide de la fortaleza de la Alhambra. Subió con resuelto paso las escaleras del patibulo. El sacerdote iba á su lado. Dirigióse D. Mendo al altar, y postrándose de hinojos ante el Crucifijo, permaneció largo rato en oracion.

Entre tanto ya estaban encima del tablado el verdugo y sus ayudantes disponiendo apuellos terribles preparativos.

Levantose el reo, é hizo una seña al sacerdote, quien se le acercó en seguida.

—¿Teneis algo que declarar, hijo mio? preguntó con dulce y afligida voz.

—Una cosa tan solo, contesto firmemente D. Mendo. Cuando mi cabeza haya sido dividida del tronco, desabrochad mi ropilla, y hallareis junto á mi pecho un pergamino. Leadlo en alta voz y entregádselo á

mis jueces. Nada mas deseo. ¿Lo hareis tal como lo digo?

—Sí, hijo mio, se cumplirá tu última voluntad.

—Gracias, padre. Ahora dadme vuestra bendicion, el verdugo me aguarda.

Postrose de nuevo D. Mendo, y recibió del sacerdote su bendicion. En seguida se puso á disposicion de los sayones. Ejecutaron éstos sus repugnantes maniobras, y á los pocos minutos solo quedaban en el centro del tablado el verdugo y su victima. Levantó aquel el hacha, la hizo girar al rededor de su gorro describiendo un círculo en el aire, y cayó sobre el tajo con una fuerza brutal. La cabeza de D. Mendo rodó por el tablado. Un grito de terror salió del pueblo, y los sacerdotes volvieron á entonar los salmos. Entonces el clérigo que acompañó al alcaide, se acercó á su tronco ensangrentado, desabrochó su ropilla, y sacó un pergamino doblado; mandó subir á los ministriles, reclamó silencio de la multitud, y dijo con firme y sonoro acento.

—Es la voluntad del alcaide D. Mendo de Alcaráz, que lea este documento en alta voz y despues de su muerte, para que sea notorio al pueblo de Granada: oid.

Y en seguida abriendo el papel, leyó lo siguiente:
«Nos D. Felipe II, rey de Castilla, de Leon etc.

En vista de la causa formada en la Chancilleria de Granada contra D. Mendo de Alcaráz, alcaide de la Alhambra, por el asesinato cometido en la persona de su esposa é hijos, y atendiendo á las circunstancias que le impulsaron á tamaño crimen y al estado de su salud próximo á la demencia, siendo en uno de

los vértigos que padecía cuando hizo el daño, por el que ha sido condenado; en uso de nuestras reales facultades, indultamos al referido D. Mendo de Alcaráz de la pena capital que le ha sido impuesta, mandando en su lugar la prision perpetua en una de las torres de su alcaidia.—Firmado, etc.»

Una exclamacion general de asombro respondió á esta lectura; el mismo sacerdote casi pudo concluir. ¡El perdon rehusado por la víctima!!

Pero aun tenia mas escrito el documento. A continuacion de la firma del rey, seguian del puño y letra de D. Mendo estas palabras:

«Mi familia, por evitar la mancha que caeria sobre su nobleza, si uno de los miembros de su claro linaje pereciese en un patíbulo; y por librarme de muerte tan ignominiosa, ha conseguido de la clemencia del monarca el perdon; á que no soy merecedor. Logré no sin muchos esfuerzos que se me entregase esta real cédula, en vez de que lo hicieran al presidente de la Chancillería, porque de este modo se frustraba mi objeto: quiero morir, pues solo veo esta espacion en la tierra á tan bárbaro crimen. Dios graduará si es suficiente en su infinita misericordia.—Mendo de Alcaráz.»

Acabó el sacerdote su lectura, hizo una breve oracion y bajó del tablado, incorporándose á la fúnebre comitiva que marchó con el mismo orden que viniera. El cuerpo de D. Mendo y su cabeza fueron recogidos y colocados en el féretro que traian.

La muchedumbre fué retirándose mustia, silenciosa y acongojada, y al cabo de una hora quedó solo y desamparado el colosal patíbulo.

Al día siguiente y en el mismo sitio de la ejecución apareció una grande cruz de piedra, cercada de un cuadrilongo enrejado de hierro de igual dimension que los ángulos del tablado. Esta cruz tomó el nombre de la plaza en que estaba colocada, y fue destruida en 1836.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

EL

COMPADRE FELIPE.

POR

D. Rafael Milan y Navarrete.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

I.

JUNTA DE ANDALUCÍA

Era una noche tormentosa del invierno de 1576. La luna dejando escapar sus rayos de entre las pardas nubes que le cercan, dibuja de vez en cuando en la sombra las altas torres y retorcidas callejuelas de una gran ciudad. Es Granada. Granada revestida aun de toda su magnificencia y arrullada por los recientes recuerdos de su grandeza. Lejos, bien lejos, existen sus antiguos moradores regando con lágrimas de desesperacion las ardientes arenas del Africa; tributo amargo dedicado á la memoria del paraíso que perdieron. El leon español pasó su garra sobre la anti-

gua torre de la *Veta*, y á su rudo contacto desapareció la enseña de Mahoma, quedando en su lugar triunfante y orgulloso el estandarte del Crucificado. Este cambio aniquiló para siempre la media luna musulmana, arrebatando no pocos de sus mejores guerreros á los monarcas de Castilla.

Después de muchas y violentas agitaciones, Granada admitió por fin el yugo de sus dominadores, y en la noche de que hablamos yacía tranquila y silenciosa como desafiando la próxima tormenta que la amenazaba.

Por una de sus principales calles que aun hoy se llama de *Elvira*, por ser la salida usual para la famosa sierra de este nombre, se dirigian dos bultos al parecer hácia lo interior de la ciudad, que falta de alumbrado ofrecía mil peligros para los que osaban recorrerla en las altas horas de la noche.

Por lo que se podía distinguir á la fosfórica luz de los relámpagos, el de mas estatura era un caballero como de cuarenta años, embozado en una gran capa que le cubria, y cuyos ojos á pesar de la oscuridad, parecian algunas veces animados por una luz extraordinaria.

Daba las doce el reloj de la magnífica Iglesia Metropolitana, cuando al pasar los dos embozados frente á la parroquial de S. Andrés, advirtieron que en una pequeña casa contigua á ella, las ventanas de un piso bajo dejaban escapar por sus requicias una luz escasa y amortiguada. No era esto digno de llamar la atención, á no ir acompañado de unos quejidos débiles como de un niño recién nacido, y de otros aun